

Traducción precoz

Gastón Sironi

Cuando El Gran Federico me convocó para la traducción de estos *Pornobaikus*, yo no sabía nada del japonés. Casi un año después, he atravesado indemne este libro. Inmune. Impermeable a esa grafía de brócoli y casitas de fósforos. No sé nada del japonés.

En este viaje que es la traducción, nunca había navegado una derrota tan larga: la distancia que hay entre el japonés hecho haiku y el castellano del que dispongo es oceánica. En el Mar del Japón, los peces burbujan ideogramas, y acá en mi lago los moncholos no hablan en difícil. Pero un traductor se mueve en el abismo, y a su motor lo hace rolar el desafío.

Y estos *Pornobaikus* ponen a rolar: *kanjis* de origen chino escritos –dibujados– sin espacios entre sí, de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda, sin solución de continuidad, en una cascada que se detiene sólo en los bordes de la hoja. O, más precisamente, de las servilletas escritas por ese nombre que es *Matyukio Totibichi* y rescatadas por Montenegro. Servilletas de barsuchos porteños, manchadas de amor y escritas a puro haiku: nada de artículos, pronombres personales y conjugaciones. Indefinición de género y número. Ausencia total de puntuación. Y, de fondo, la enorme potencia de los ideogramas, su poderosa ambigüedad: ¿cómo escoger la palabra justa entre la resaca que deja en nuestras costas la marea polisémica japonesa?

Haiku es simplemente lo que está sucediendo en este lugar, en este momento. Dicen que eso dijo el maestro Matsuo Bashō hace casi cuatro siglos, mientras fumaba al lado del banano del que tomó su nombre y hacía de los haikus una de las formas de la poesía. Un extremo de condensación y ambigüedad, capacidad de observación y suspensión del tiempo, donde siempre *menos es más*. Una intuición de la naturaleza, un *satori*, una iluminación impregnada de la intención del budismo zen : aquí y ahora.

Por eso mismo, traer estos haikus a la Argentina de hoy es tan arduo como intentar cultivos hidropónicos de cactus o esperar lotos en Fiambalá centro. ¿Cómo traer a este aquí y ahora unos arreglos poéticos concebidos hace siglos tan allá, en una isla lingüística y nubosa que está casi en otro planeta? ¿Cómo capturar ese instante, ese fulgor que ha encendido los sentidos del poeta? Aquí en la tierra, de las estrellas no vemos más que una luz que ya no es.

¿Qué queda de estos haikus al llegar a este castellano? ¿Microgramas, cantares o coplillas andaluzas? ¿Saetas, epigramas castellanos, adivinanzas o proverbios poéticos? ¿Haikus? Un viento sensorial, acaso. Ojalá tal brisa despeine al lector.

La única estrategia de traducción posible espera, justamente, en el corazón del haiku: un lugar, un momento. Para los *hajjin*, los hombres de los haikus, la poesía no se escribe, es escrita. Entonces, sus haikus no se traducen, son traducidos. Conversando con la fonética original, asustando las teclas con los dedos, confiando en el azar de las yemas como en una improvisación de piano, en un intento poético. Buscando una segmentación aproximada, intuida por el sentido o el ritmo, en la búsqueda de ese grial llamado *keireji* (la sílaba dramática

que porta el clímax rítmico del haiku). Técnicas todas que cualquier teoría occidental de la traducción desestimaría sin más.

Hay a mano, apenas, algunos nudos marineros para afirmar los cabos sueltos en esta travesía con rumbo incierto, esta navegación en barco ajeno, con el compás en japonés. En un mar de conjeturas, la táctica depende de la imaginación. Y de la velocidad para imaginar, si es que puede llamarse velocidad a esta iluminación fugaz que refulge en el haiku.

Aquí hay que apurarse, porque se está en apuros: eso indica el *kanji* con el que firma el autor y en el que Montenegro cree ver la sigla MT. El escritor prostibulario no firma, más bien parece dejar un mensaje de botella: estoy en apuros. Nuestro autor, dejémosle el nombre de *Matyukio Totibichi* con que Montenegro lo bautiza, está en apuros: rasga servilletas en prostíbulos, las dibuja como quien extiende un cheque, un pagadiós más posiblemente destinado a compensar los favores de las damas que a trascender. Como los antiguos *hajjin*, Totihichi se mueve en las márgenes, paga con lo que tiene a mano, compra amor con el encanto de una poesía lejana, acaso bella por eso mismo, como un waltwhitman parco y oriental.

Lo que sigue no es más una traducción que una vejación, tal vez lo que mejor siente a este libro pornográfico. Así que ahí vamos, aquí y ahora.

Córdoba, Argentina,
verano de dos mil ocho.

1

estoy caliente
apenas si reparo
en otra cosa

arisama atsui
yattoko moshimo kangaeru
uchi betsu mono

肉日
つとこ 艸考
内別物

2

concha hambrienta
traga famélica
sal de mi palo

pushii onakagasuita
nomikudasu hiboshi
embun waga bou

一腹
飲干
塩棒我

3

qué haré hoy
para no hostigarte
lasviamente

dono bokonau honjitsu
youni hi wazurawasu
yarashii

のう本
に否煩
い

4

qué haré hoy
para hostigarte
lasviamente

dono bokonau honjitsu
youni wazurawasu
yarashii

のう本
に煩
い

5

viste con fuego
su hocico carnoso
la prostituta

tsutsumu kaji
hanazura tanikushitsu
shoufu

む火
面質
婦

6

mi verga habla
si la olvido calla
si la toco chilla

waga kokku kataru
moshimo wasurero heikou
moshimo sesshoku kakegoe

わがッたる
艸れる閉
艸手掛

7

glande palpita

cuelga y colecciona
pequeñas muertes

kitou kodou

sagaru atsumaru

chiisai shi

亀 鼓

る 集る

いさいし

8

en el orgasmo
presume la muerte
sus gusanitos

uchi orugasumusuru

rikimu shi

karerano chiisai mushikera

うちガ

きし

れいさいら

9

vagina suda
agüita de lluvia

hacia los labios

wagina asewokaku

chiisai usui

muke kuchisaki

ギナセをかく

い うすい

けちさき